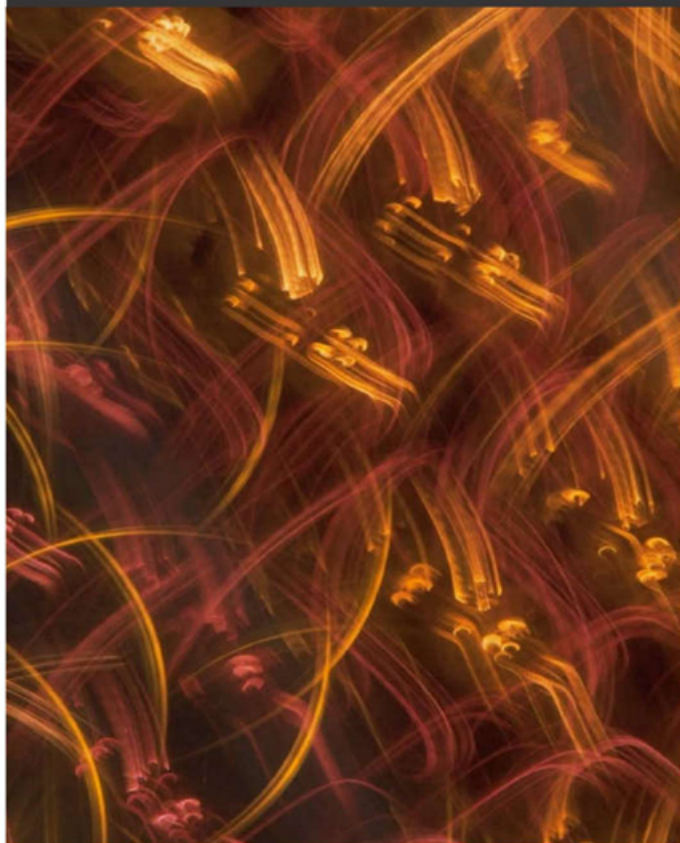


Souvenirs

Marcos Rodríguez Leija



Ganador del III Concurso Estatal de Literatura

COLECCIÓN NUEVO SIGLO

Souvenirs

(curiosidades literarias)



Souvenirs

© Marcos Rodríguez Leija
Primera Edición 2011

ISBN: 978-607-95663-3-3

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA),
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro,
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)
Teléfonos: (01-834) 1534312 Ext. 123

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

Souvenires

(curiosidades literarias)

Marcos Rodríguez Leija

Ganador del III Concurso Estatal de Literatura
Género: Cuento

Para el Gobierno del Estado, brindar un acceso total a las expresiones artísticas como parte de una estrategia de desarrollo cultural integral para todos los segmentos de nuestra población, es una de sus más relevantes prioridades.

La escritura, en todas sus variantes, es una de las formas creativas que nos acercan, nos identifican y nos reafirman como tamaulipecos y mexicanos. La voz de nuestros escritores es también, la voz de nuestras comunidades.

La literatura en particular, recrea la fuerza de las acciones en la palabra. Es reflejo, testimonio, búsqueda, oficio e imaginación.

Para alcanzar el Tamaulipas que todos queremos, acercamos la obra de nuestros autores a nuestra gente. Nuestra labor editorial es parte de esa estrategia y del esfuerzo colectivo por construir, desde la cultura, un Tamaulipas fuerte para todos.

Ingeniero Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del
Estado de Tamaulipas

El Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, busca vincular la experiencia literaria para que, a través de la lectura, se lleve a cabo el encuentro entre los autores y sus lectores.

Es mediante la labor editorial que preservamos la esencia literaria de nuestra tierra, fuente inagotable de inspiración para las generaciones que han dejado y siguen dejando su huella en la construcción de Tamaulipas.

Para abrir más opciones de acceso incluyente al arte y a las expresiones del quehacer de nuestros creadores, dejamos registro en los libros que presentamos a la sociedad tamaulipeca para su amplia difusión y goce.

Este registro, estos textos, celebran una forma de ver el mundo y una imaginación plena de vivencias y originalidades. Esto enriquece la experiencia de la que surge y en la cual enraiza su porvenir sembrado de positivos presagios. Su variedad, producto del mosaico multicultural del presente tamaulipeco, es orgullo de una diversidad cuyo signo de identidad es la confianza en el poder articulador de la palabra para continuar construyendo un estado fuerte desde la cultura.

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

Para mi hijo Ezequiel
por el mágico misterio
que entrelazó nuestras vidas...
...y para mi hija Sol,
angelito que bajó del cielo
y se manifestó antes de nacer.

Para Romina R. Silva,
por nuestra complicidad literaria
y la amistad a través del tiempo
y la distancia entre México y Argentina.

Para Marisol López Nuñez,
porque los amigos son para siempre
y se llevan en el corazón.

Para Hernán Lara Zavala,
por su amistad, su generosidad
y su enseñanza.

Amor a primera vista

El pordiosero de la cuadra se paraba frente a la boutique de trajes nupciales. Le gustaba contemplar a través del aparador a una figura esbelta, de fino rostro. Para él no había mujer que la igualara. Era lo que siempre había soñado.

La gente lo veía como a un loco peligroso cada vez que recitaba versos de Neruda, pero poco le importaba que el dueño del local lo corriera a puntapiés o llamara a la Delegación de Policía para que lo apresaran.

Nada impedía que el menesteroso volviera al escapate, donde un maniquí de figura femenina aparentaba mirarlo y conmovirse ante cada palabra de amor pronunciada:

*“Me gusta cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.”⁽¹⁾
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca...”*

Aquel hombre barbado y harapiento un día no pudo resistir más. Tomó una piedra y rompió el cristal de la *boutique*. El propietario de la tienda y quienes caminaban cerca del lugar quedaron asombrados, inmóviles, al ver que una mujer corría alegre, vestida de novia, tomada de la mano del pordiosero de la cuadra.

⁽¹⁾ *Me gusta cuando callas...* (fragmento), de Pablo Neruda

Ana

Ana la llaman, Ana “La Nana”. Cada mañana abraza la danza amarga: alza la casa, lava, plancha.

La carga cansa, acaba. La ama maltrata, paga mal. Ana calla, agachada. La ama, Sara Lara (dama malvada, capataz), la manda a labrar.

Ana acata cansada, labra la granja, amarra las parras, trabaja, trabaja, trabaja... Al acabar, Sara la amarra a la cama. Hasta la mañana la para. ¿A yantar? ¡Para nada!

—¡A trabajar, haragana pagana! ¡A trabajar, zángana!

Ana acata. Cansada, abraza la danza amarga. Al acabar, acaba amarrada.

Ana trama matar a la ama. Al llamarla para trabajar al aclarar la mañana, Ana agarra la pala, ataca sagaz, la mata. Sara sangra. Ana la ata, agarra la pala, cava... Al acabar arrastra a la canalla al parral, a la zanja cavada. Al zamparla, la tapa.

—¡Rata malvada! ¡Larva!

Acabada la zangamanga tramada, Ana “La Nana” va tras la gata, la atrapa, la abraza.

Ana danza sardanas, alaba a Satanás. Satán alaba la hazaña.

Ana danza halagada, canta... canta...

La muchacha y los sonámbulos

A Nina le inquieta la gente de la capital. Todos le parecen sonámbulos, seres hipnotizados por un dios esclavista.

A la muchacha le extraña que nadie le responda cuando les pide la hora o instrucciones para llegar a un sitio determinado. Ella se encuentra frente al mostrador de una farmacia. Hace una semana que llegó al Distrito Federal y desde entonces siente un escalofrío intenso en el cuerpo, pero la gripe aún no se le manifiesta aunque su cara pálida y ojerosa ya denota enfermedad.

Nina lleva diez minutos en espera de que alguien la atienda. De pronto, se estremece. Un cliente del lugar atraviesa su cuerpo como si fuera una cortina de humo. Ella jamás ha creído en fantasmas. Se muestra sorprendida, incrédula ante lo que ve y experimenta.

—Los fantasmas no existen —piensa—, los fantasmas no existen.

En ese momento, la gente que hay a su alrededor se desvanece poco a poco ante Nina. Es así como su alma, al fin, deja de vagar en pena.

Sobre ciudades futuras

En la calle, de reojo, se miran con miedo unos a otros. Hace mucho tiempo que llevan columpiándose en la cara a la desdicha. Hace tanto de eso que no recuerdan cuándo dejaron de bailar, en qué esquina la alegría tomó un microbús sin destino ni viaje de regreso.

Se dispersan con el pavor retumbándoles el pecho, como si el final del mundo estuviera cerca. Viaja en el aire el eco de una risa infantil. Nadie sabe de dónde proviene ni a qué o a quién le pertenece aquel sonido. A la felicidad, ya nadie la recuerda.

El puerto de la desilusión

Nereida no quiso entender que los marineros tienen un amor en cada puerto. Se ilusionó con un capitán que le juró amarla eternamente y que volvería para llevarla a recorrer los siete mares, a conocer las maravillas del mundo y los continentes de la Tierra.

La muchacha se hundió en la depresión. Todas las tardes lloraba en el malecón de un puerto en el que veía llegar y partir embarcaciones de las que nunca volvió a descender el hombre al que le entregó por primera vez su cuerpo, sus secretos, sus sueños.

Con dieciocho años apenas decidió ofrecer su alma al Dios del Mar. Envuelta en la tristeza, se dejó devorar por las olas.

Después del sacrificio, cada tarde, convertida en sirena, salía de la profundidad del agua para atrapar a los marineros con su cántico angelical.

Quienes la escuchaban no podían negarse a su llamado y acudían a ella atraídos también por su belleza.

En un acto de venganza, Nereida los mató uno por uno hasta que al mulle no volvieron más los hombres o no sé si debería decir que ahora lo habitan sólo mujeres desdichadas a las que ya nadie se acerca por temor.

Todas son viejas, sin hijos. Hoy tejen enormes redes con su pelo cano y lo arrojan al mar, esperanzadas por ver desembarcar de nuevo a los marineros que llegaban ahí con

la intención de cortejarlas. Para ellas no importa ahora si los hombres las seducen con mentiras. Ellas quieren desesperadamente entregar su cuerpo, compartir sus sueños, contarle a alguien sus secretos.

Un domingo al mediodía

Gritos, silbidos y agravios en las gradas de un estadio repleto de aficionados al balompié. En la cancha los jugadores corren agitados, se empujan, se insultan, violan reglamentos al ir tras un balón de fútbol para vencer a sus contrincantes.

Los espectadores sudan.

La angustia de perder la apuesta tiembla en los bolsillos, la emoción vibra en el pecho, gritan, se ofenden, se empujan, se distraen y “¡goooooooooooooooooo!”

El árbitro anula el punto anotado. El delantero estrella se enoja, le grita, le escupe, maldice, lo ataca: un golpe, dos golpes y un puntapié. Los otros jugadores corren hacia el delantero y el árbitro. Intervienen... hay gresca: golpes, patadas, cabezazos, gritos, coraje, sangre...

Los aficionados abuchean, vociferan, se enardecen, se empujan, hay golpes, banderazos, puntapiés, hay petardos, hay sangre, gritos, hay heridos y un hombre muerto.

La policía interviene, lanza gases lacrimógenos para aminorar el escandaloso altercado. Luego viene la confusión, la desbandada, los empujones, los aplastados, hay más heridos y más muertos... Se oye el clamor de una ambulancia (preludio de una trágica mañana de domingo que poco a poco se apaga) y luego, un lúgubre silencio, el recuento (de los daños, del partido) y a la semana siguiente (como si nada) otra vez a gritar desde las gradas, a entregar el alma en la

cancha, a liberar pasiones, a establecer apuestas, a llenar quinielas, a transgredir las reglas, a desgañitarse al expresar con entusiasmo: “¡goooooooooooooooooo!” . Y de nueva cuenta, a disfrutar así, de esos extraños y absurdos placeres de la vida...

Paisaje urbano con mitológico animal sobre el asfalto

Mamá no me creyó lo que veían mis ojos bizcos a través mis inseparables lentes con fondo de botella.

—¡No molestes y ponte el cinturón! —me dijo, apuñalada por una histeria mañanera, característica de los capitalinos desesperados por llegar temprano a sus lugares de trabajo, después de levantarse tarde por festejar hasta la madrugada un pasajero triunfo de la selección nacional de fútbol.

Mi madre no dirigía la atención debida al conducir, es una de esas mujeres que se maquillan, cantan, leen la sección de espectáculos, aceleran, frenan y mascan chicle al mismo tiempo.

—¡Mamá, hay un dragón en el Periférico! —volví a decirle con mi voz gangosa.

—¡Que no! ¡Es un tragafuegos! —aseguró sin confirmarlo mientras curvaba sus pestañas con una cuchara y despidadamente, según ella sin que me diera cuenta, coqueteaba con un viejo calvo que conducía un BMW.

Aunque los adultos iban como sonámbulos, pensando en no sé qué, no fui el único en atestiguarlo. Unos niños que iban a mi derecha también se dieron cuenta, incluso quien me había afirmado lo contrario peló tremendos ojos cuando lo vio de cerca y emitió un grito tan agudo que las ventanas del automóvil estallaron.

El niño-dragón, después de lanzar una enorme lengua de fuego casi en el rostro de mi madre, asustado por el alarido emprendió el vuelo. El pedazo de paño roto que colgaba de la bolsa trasera de su pantalón, se transformó en una larga y escamosa cola roja que zigzagueó frente a nosotros.

Dios

Dictador de doctrinas, detentador, Dios dice: “¡Discípulos, dadme dinero, derramad dádivas dignas de Dios!”

Decepcionado, Don Diablo, decente decano de demonios, decisivo dice: “¡Dios, deja de defraudar discípulos!”

Disgustado, Dios desafía: “¡Defiéndete Diablo!”

Defensivo, Don Diablo dice: “¡Desvergonzada deidad decadente, deja de delinquir! ¡Demuéstranos dignidad! ¡Déjate de discursos disparatados! ¡Danos democracia!”

—¡Diablo..! ¡Déjate de diatribas! –Dios, desatado, desenfunda... dispara...

Don Diablo, desfallece dolorido.

Dios, deidad divina disfrazada de diablo, desmoralizado determina desenmascarse.

Un viaje en aerosol

El Nano murió a los trece años de edad. Cruzó una calle como sonámbulo por inhalar demasiada tinta para zapatos.

Antes de que su cuerpo quedara inerte bajo las llantas de un camión de pasajeros, le había contado a El Chato, su mejor amigo, lo maravilloso que era el mar.

A pesar de la miseria de la gente y la bravura implacable de la pandilla “Los Verdugos”, todos los habitantes del barrio cooperaron con lo que estuvo a su alcance para que los padres de El Nano regresaran a Veracruz, su tierra natal, porque querían que su hijo fuera sepultado allá.

—¿Cómo será el mar? —se preguntaba El Chato. Jamás había estado en un lugar así, como el que le contaba El Nano.

Al igual que cuando muere un miembro de la banda, quiso rendirle un homenaje. Con las pinturas de su hermano mayor, en una barda dibujó el mar que había soñado: un territorio celeste, sin fango ni piedras que lastimaran sus pies descalzos cuando pateaban una pelota hecha con bolsas de plástico y cartón. Trazó una alfombra de nubes blancas y un pájaro resplandeciente en el que montó a su amigo. Más allá, un arco iris como el que salía en épocas de lluvia y le sonreía a un paisaje de casas rencas y leprosas.

Al terminar la imagen que apareció en su sueño, se colocó detrás de El Nano y montados sobre el pájaro de luz

volaron hasta perderse en la profundidad del muro, como jamás nadie lo había logrado en un *graffiti*.

En ese instante arribó una brigada de empleados del gobierno municipal, resguardados por un par de patrullas ante la peligrosidad que representa hoy introducirse al barrio de “Los Verdugos”.

Vestidos con overoles blancos, varios hombres bajaron de un camión del Departamento de Limpieza con botes de pintura. En menos de media hora limpiaron la barda con propaganda y desaparecieron a El Chato, perdido en la profundidad de una pared en la que sólo se apreciaban, a simple vista, una maraña de rayones grises e indescifrables garabatos.

Cicatriz

Cicatriz tiene heridas sangrantes en todo el cuerpo: en los pies, por tanto andar un camino escabroso al que fue orillada desde antes de nacer.

Cicatriz así se llama, así le puso su madre, esperando en que las llagas un día cerraran, pero nunca le cicatrizaron. La herida más profunda la lleva en el pecho izquierdo y la más dolorosa en la entepierna. La primera se la hizo un joven apuesto con el filo de unos labios que prometieron un regreso incumplido, después de partir a la guerra; la segunda, la que se esconde como niña temerosa cada vez que intentan derribar a golpes la puerta de su cuarto, se la hizo el borracho de su padre. A su alrededor hay un océano rojo. Desde aquel día, cuando cumplió quince años, la herida no deja de sangrarle.

Sobre hombres contemporáneos

El hombre, un hombre entre millones de hombres caminaba solitario en calles abarrotadas por hombres que se sentían hombres solos como aquel hombre solitario. Ni este ni los otros hombres desolados, ningún hombre en absoluto se miraba a los ojos. Incapaces de convivir y compartir sus vidas, iban cabizbajos, peleando contra el dolor de estar solos entre un mar de gente.

Así, el hombre desolado aquel, cuando llegó a su casa profundamente vacía pero con gente, se acurrucó junto a su perro, quien tierno, cariñoso y apacible secó las lágrimas y acarició el cabello de aquel hombre asfixiado por la soledad.

Cosas del destino

El esposo la abandonó por otro hombre, perdió al hijo que esperaba; la despidieron del trabajo sin motivo, una ocasión que su jefe llegó a la oficina lleno de rabia después de sostener una discusión con su mujer.

Por el cúmulo de problemas entró en una crisis depresiva que la orilló a un intento de suicidio: compró pastillas para dormir pero lo único que obtuvo fue un doloroso lavado intestinal por la intoxicación. Cuando quiso ahorcarse, el tubo de la regadera no resistió su peso. Provocó una fuga de agua que inundó su casa y el vecindario.

La mujer lloró en su habitación por varios días. Impotente, después de sus fracasos intuyó que tal vez Dios quería que viviera más tiempo y la había puesto a prueba.

—Qué tonta —se dijo al reflexionar sobre sus intentos de suicidio y decidió salir del breve encierro al que se había arrojado.

Se puso el traje sastre que más le gustaba, sus joyas favoritas y salió a la calle. Comió en el restaurante más caro de la ciudad, confiada en que pronto encontraría un buen trabajo; se compró el vestido que muchas veces su esposo le dijo que no merecía; al salir del cine, un hombre apuesto se le acercó y ella pensó que al fin las cosas serían distintas.

Así fue. Aquel día acabaron los sufrimientos para quien después de varios intentos de suicidio abrazó un fuerte amor por la vida, una vida que cegó un extraño de buen parecer, quien aún no se explica porqué prefirió matar a la mujer y robarle lo poco que traía, pues su única intención era pedirle un cigarrillo.

El circo de la locura

Un elefante equilibrista está a punto de caer sobre un grupo de niños que lo ven mortificados desde el suelo.

Al fondo, una mujer desnuda intenta domar a una decena de hombres enjaulados, presas de un voraz apetito sexual.

Hay un payaso al centro de la pista y hace llorar a la gente que buscaba liberar sus frustraciones con una sonrisa.

El arquero coloca una manzana en la boca a una modelo. Le venda los ojos para que no vea la flecha atravesarle la garganta.

La cuerda se rompe y el elefante equilibrista cae sobre los niños.

La mujer domadora es sometida por la voracidad de los hombres en celo. Una, dos, tres, diez veces la violan y vuelven a empezar.

Un grupo de espectadores se suicida. El payaso que lloraba, ahora ríe ante la acción desesperada de su público.

El arquero falla y perfora el corazón jamás amado de la modelo, a quien le arranca la manzana de la boca para morderla y se va.

—¡Renuncio! —grita—. ¡Odio el circo! ¡Siempre lo he odiado! —y sale a la calle, a un mundo lleno de ruido, de autos varados en avenidas estrechas por donde la gente se empuja en su loca carrera por vivir.

De un puente se lanza una mujer con un recién nacido en brazos y quedan embarrados en el pavimento.

En una esquina, un agente que dirige el tránsito decide suicidarse de un balazo, pero antes dice:

—¡Estoy harto! ¡Estoy harto de este circo!

Vida de perros

Perro sarnoso envidia la piel de perro lanudo.

Perro callejero envidia el lecho de perro doméstico. Aunque sólo es un cojín viejo, empolvado y pestilente a mierda, le resulta –a perro callejero– más comfortable que la dura banqueta de donde siempre es corrido a puntapiés y a escobazos.

Perro doméstico envidia el plato de perro genuino: envidia su casta, su linaje, el collarín que ostenta cuando lo sacan a pasear a algún parque –el collarín de perro doméstico sólo le sirve para pelarle el pescuezo y mantenerlo cautivo.

Lo que perro doméstico no sabe es que la herencia que le dejó su dueño a perro genuino le será arrebatada por el mayordomo, quien lejos de cuidarlo como le fue conferido por su patrón, se quedará con todo –incluso con el collarín de piel fina y letras de oro–. ¿De qué le sirve una herencia? El destino del animal será una perrera porque no es más que eso, un animal, un perro.

Lo que no saben los demás perros es que perro genuino envidia la libertad de perro callejero y la suerte que tiene de encontrarse en cada esquina una perra dispuesta a aparearse.

Sin embargo, hay algo en común en todos. Perro sarnoso, perro lanudo, perro callejero, perro doméstico y perro genuino envidian la suerte de otros, más bien de todos los animales del planeta –incluyendo al hombre– porque, aunque también les toque a estos vivir algunas veces “una vida de perros” no es lo mismo vivirla, en carne propia, siendo un perro.

Ocurrió en la Capilla Sixtina

Jamás se habían visto pero qué coincidencia, los dos tenían afición por el arte y consideraban que amar también era un arte.

Él –Adán Cienfuegos– y ella –Eva Lumbreras–, coincidieron en la parte central de la bóveda en la Capilla Sixtina, frente a un fresco de Miguel Ángel: *Expulsión del Paraíso* (1509-10), una belleza pictórica del Renacimiento Italiano: *Adán y Eva* en pleno pecado original.

De pronto, Eva tomó la manzana del árbol pintado en el mural. Segundos después, los dos, ya estaban desnudos, haciendo el amor.

La conquista

Ya no quedan ruinas de lo que un día construyeron los humanos. No hay vestigios que demuestren la existencia de aquella civilización. Soy el último habitante natural del planeta, pero este lugar ya no me pertenece. Ahora les corresponde a *ellos*. Lo tomaron por la fuerza con la intención de imponer su Ley sobre nosotros. Vinieron del espacio y conquistaron a la humanidad.

A las mujeres se las llevaron lejos para hacer experimentos, para crear con ellas una raza inferior, seres deformes entre los que ahora tengo que convivir. Nuestros padres no pudieron evitar el rapto. Los que no murieron en la guerra contra los invasores, sucumbieron en las fábricas, agotados por tanto trabajar sin descanso, construyendo el cuerpo de nuestros verdugos y armando máquinas que vuelan más allá del cielo y regresan con mutantes que aseguran ser los descendientes de mi especie.

Aquí ya nada queda. No hay casas, ni ríos, ni árboles, ni animales. Antes de que nuestro feroz progreso avasallara a la naturaleza, *ellos* la exterminaron por completo. Ahora no hay más que un vasto territorio desolado, de tierra agrietada y rojiza, sin calles, sin asfalto, sin perros muertos de hambre en las esquinas. Desde la celda en la que me encuentro recluido, observo a la distancia una llanura vacía de aquella gente lidiando contra el tráfico.

Ahora soy el último de los esclavos de mi raza. Desde niño viví aislado en esta misma celda en la que me encuentro. Cuando llegué a la mayoría de edad, me forzaron a trabajar como a mi padre y como a los demás niños cuando crecieron.

Ellos, los nuevos dueños del planeta, tienen nombres raros, numerados, como si fueran una serie de arcaicas máquinas de cómputo. No tardan en venir por mí para llevarme a la crujía de ensamble. Hoy es el último día del ciclo trimestral que rige el año. Me toca descansar 20 minutos. Después, a trabajar de nueva cuenta, a seguir armando piezas para artefactos que no sé como se llaman pero vuelan y surcan el cielo, un cielo pardo donde la luz solar un día ya no se vio.

El tiempo de descanso se me acaba. Lo peor de todo es que no podré morirme como algunos que tuvieron esa fortuna, antes de que nuestros conquistadores lograran reanimar a los muertos, instalándoles alambres y pedazos de metal cuando la piel se les caía al envejecer sus células. El día que me corté las venas y de uno de mis brazos me arranqué la carne en un intento de suicidio, me la reconstruyeron casi de inmediato con una prótesis de material extraño. Cada vez que veo mi extremidad, me siento menos yo. Entre más me acerco a la vejez, más expuesto estoy a la reconstrucción.

Jamás pensé que llegaría un momento en el que anhelaría la muerte. Qué equivocados estaban aquellos que se criogenizaron y buscaban la vida eterna en nuestra sociedad. Vivir sin muerte es algo terrible. Yo, pronto seré reconstruido como muchos de los que no sobrevivieron a la esclavitud de un trabajo a marchas forzadas. Pronto seré mitad máquina y mitad humano, incapaz de morir. Seré un eterno esclavo. Tendré una sempiterna vida desquiciante, aterradora. Llegará un día en que no sabré ni lo que soy.

Los reclusos

A montonados, en el calabozo de la cárcel de la ciudad, seis personas desconocían el motivo de su arresto, aunque deducían el porqué. La adolescente traía un cigarrillo de marihuana en un bolsillo del pantalón pero esa no fue la causa. Igual que a los demás, varios gendarmes la sacaron de su casa a golpe de macana y puntapiés. El padre de ella, también preso, balbuceaba y maldecía mientras sus ojos se perdían en la nada. Estaba tan borracho que perdió el equilibrio y cayó de bruces en un charco de excremento que había en la celda. Antes de su detención, le había robado un ramillete de flores a una vendedora (también presa), para dárselo a una mujer que se prostituía una cuadra más adelante. La ramera lo invitó a pasar a un cuarto que rentaba cerca y, en un descuido, le robó la cartera con el pago mensual que había recibido el hombre antes de embriagarse. Del coraje, al darse cuenta cuando llegó a su casa, se desquitó contra la hija. A golpes la sacó a la calle con el rostro ensangrentado. Un vecino homosexual –para defender a la muchacha– incitó al perro que paseaba para que mordiera al agresor, pero un ambulante –compadre de éste– sacó una navaja y destripó de tres zarpazos al animal. Todos, horas después, terminaron presos y como todo responsable de algún ilícito asumían ser inocentes. Pero no, no eran aquellos, los que pensaban, los motivos de su reclusión. Había una orden. Ninguno saldría libre ni con vida. Los motivos eran otros que ni siquiera imaginaban. Pero eso, luego se los digo en otro cuento.

Los lentes del abuelo

Cuando niño me gustaban los anteojos bifocales de mi abuelo materno porque con ellos me transformaba en un pirata en busca de una isla encantada, donde combatiría a cíclopes y minotauros para poder desenterrar un tesoro oculto en una cueva macabra.

Con las gafas me sentía científico otras veces y bajaba la Luna a mis manos o hurgaba entre la oscuridad del cosmos hasta dar con esos planetas que aún no descubren en la NASA. ¡Yo era un astrónomo eminente con los anteojos gruesos del abuelo! Era, también, el capitán de un submarino que a través del periscopio observaba desde la profundidad de la alberca la figura montañosa de la casa, como si fuera un castillo tenebroso a mitad del océano.

Los lentes de doble fondo eran además de telescopio, la lupa con la que descubría la misteriosa desaparición de algún zapato de papá o el arete de brillantes falsos que mi madre había comprado a un alto costo. También eran capaces, las antiparras, de colocar al mundo de cabeza al utilizarlas al revés o agigantaban a nuestra perra chihuahua; con los anteojos, podía mirar más allá del verde esmeralda de los ojos de Raquel, mi compañera de escuela que detrás de su mirada guardaba un bosque, una llanura de ensueño donde me veía con ella corretear detrás de coloridas mariposas.

Con los bifocales del abuelo me sentía una mojarra anaranjada observando a un mundo multiforme a través de una pecera.

Hoy, mis manos tiemblan y mis piernas ya no me ayudan a sostenerme. Uso lentes tan gruesos como el fondo de una botella. Pero a diferencia de aquellos años, me siento como si estuviera detrás de un vidrio empañado que no me permite ver más que sombras difusas. Me siento detrás del parabrisas estrellado de un automóvil, sobre una carretera estrecha, bajo una noche de tormenta. Me siento, a diario, como cuando me paro detrás de la ventana sucia del asilo donde a mi alrededor sólo hay fantasmas olvidados arrastrando cadenas, cuerpos agónicos, almas en pena que se quejan.

Del porqué llevo un niño tatuado en el pecho...

Por una sencilla razón tengo en el lado izquierdo de mi pecho el tatuaje del niño que fui hace muchos años.

Durante un viaje a la Polinesia conocí a un viejo indio samoano. Él me dijo que el tatuaje es eterno e inmortal, trasciende al cuerpo después de la muerte.

Los samoanos se tatúan desde tiempos remotos. Yo no sé si ocurre siempre con todos los de su tribu o la fe de aquel hombre era tanta que logró salir de su ataúd y se elevó hasta desaparecer en el firmamento. Cuando llegó el fin de su existencia, se transformó en el dragón que llevaba pintado en todo su cuerpo.

Perros y gatos

No comprendían su naturaleza. No sabían porqué, pero de pronto un gruñido y un zarpazo surgían al verse. No recordaban en su limitada memoria el antiguo motivo de aquella disputa, de ese no poder verse. Cuando menos acordaban, uno lanzaba arañazos y el otro, dentelladas violentas con ganas de triturar.

Para perros y gatos resultaba un enigma su naturaleza. Sin embargo, aquella ocasión, cuando las calles que habitaban de pronto se transformaron en un campo de batalla (niños mutilados, mujeres inertes y ensangrentadas sobre el pavimento, hombres matándose entre sí, destrozándose por algo insignificante, absurdo, irónico, inconcebible: la ambición, el control de los demás aún sin saberse controlar a sí mismos); entonces, los perros y los gatos sonrieron por primera vez y restregaron sus cuerpos cariñosamente como dos bachilleres enamorados. Los hombres, en cambio, en un oscuro grito de guerra olvidaron ese maravilloso milagro. Mientras unos ladraban por el odio de no comprenderse ni a sí mismos, otros maullaban agónicos por la frustración de verse reflejados en sus enemigos.

Belén

Belén, decente vedette creyente, se embellece. De repente, emerge en el templete de *El Edén*. Belén, terrestre ser de excelente esbeltez, se mece levemente... Estremece, embelese...

Enfrente de Belén beben herejes, se exceden en el degenerere: “¡Enséñenle el pene!” “¡Chévere!”

Belén les teme. Teme se trepen en el templete.

Elmer Meneses, gerente de *El Edén*, le pretende.

—Ven, Belén... ¡Me perteneces! ¡Me debes trece yenes!

—¡Pche! —Belén le repele, le reprende—. ¡Detente pelele! ¡Respétenme!

Es plebe rebelde, peleles pedestres. Se exceden. Beben.

De repente, el templete se ennegrece. Es breve el *sketch*.

Emerge Mercedes entre seres vehementes que se prenden.

“¡Sex!” “¡Sex!” “¡Sex!” “¡Enséñenle el pene!”

Enfrente, el nene de Belén bebe té. Belén le debe el temple. El nene, de trece, *per se* crece. Pretende ser gente decente.

—Seré regente —prevé—. Ten fe.

Belén le cree, ve el perlé en el secreter, teje...

El retrete de *El Edén* hede. Belén teje.

En el templete, Mercedes se mece levemente... Enfrente, peleles beben, se exceden en el degenerere.

El tango de una tarde

La gente quedó sorprendida, según me cuentan. Hay quienes abrieron tanto la boca que tragaron moscas; a otros, el aire se les coló en demasía que sus cuerpos se inflaron como globos. Hay uno que otro testigo al que tachan de loco porque asegura que quienes no flotaron hasta perderse entre las nubes, reventaron por tanto aire que aspiraron.

La noticia está en todas partes. Fue un día como pocos, de esos raros, exageradamente extravagantes, diría yo. Inesperadamente, dos piernas femeninas salieron de un callejón en pleno centro de la ciudad. La admiración de algunos, de pronto, cambió a risa nerviosa y hubo quien dijo:

—No, mano, es una broma para la televisión. De seguro en alguna de las ventanas de los edificios está la cámara escondida.

Pero no, se equivocaron, porque las piernas no eran mecánicas, sino de carne y hueso. El tronco, quién sabe a quién pertenecería, pero definitivamente, a alguna diosa. Las nalgas... ¡qué nalgas! Eran perfectas al igual que el corte que quién sabe quién le haría al ras de la cintura. Lo más raro aún era que no sangraba, aunque se le veía clarito el hueso de la columna y la carne roja, viva.

Aquellas piernas descubiertas se tambaleaban seducitoras. Dicen, tal era su atractivo que a un sacerdote se le notó el pene erecto bajo la sotana. Cuando vio las piernas de nalgas redondas, apretó las manos como con ganas de

apachurrarlas, pero se contuvo al darse cuenta que era observado por una multitud que presenció aquel suceso tan extraño. El párroco, no tuvo más que cerrar los ojos y elevar una plegaria al cielo.

Una patrulla frenó violentamente junto a las piernas cuando cruzaron la calle en forma arbitraria. El semáforo todavía tenía luz verde y los automovilistas que por ahí circulaban no tardaron en chiflar y enunciar piropos. Un policía bajó apresurado de la patrulla y corrió hacia el callejón sin encontrar la parte superior de lo que parecía una bella dama.

Un borracho que pasaba por ahí corrió hacia la fuente de una glorieta y se lanzó al agua creyéndose víctima del *delirium tremens*.

Yo, la verdad, les cuento lo que escuché después en las calles, lo que leí en los periódicos que no lograron obtener una fotografía de aquellas piernas desnudas. La verdad, estuve ahí, en el lugar donde pasó aquello tan raro, pero andaba tan drogado que lo único que distinguí fue un par de pantimedias blancas que bailaban un tango, de un lado a otro, al ritmo de un viento terregoso que anunciaba una tormenta.

La gotera

—¡Maldita gotera! —exclama encolerizado Mateo Mattei al regresar del trabajo a su casa. Descubre que una pérdida de agua cubre el suelo del baño y comienza a invadir la recámara. Mateo no tiene más alternativa que reparar el desperfecto.

La filtración toma cauce. Un riachuelo invade la sala, la cocina, el patio y cruza la calle hacia la casa del vecino. Desesperado, con unas pinzas, Mateo Mattei le da un golpe tan fuerte a la canilla que sale disparada. Una imparable catarata le pega en el pecho y lo hunde en la bañera. Al emerger desesperado, un hipocampo cae entre sus manos y los peces de colores de la cortina impermeable toman vida inexplicablemente. Adentro de la casa el nivel de inundación eleva los muebles. Afuera, hay gritos desesperados y se escucha el ulular de patrullas y ambulancias.

Mateo se esfuerza inútilmente en reparar el daño. Una estrella de mar lo golpea en la cabeza. A un tiburón blanco le sigue una mantarraya. Luego, una ballena se atora en el estrecho tubo de la canilla pero finalmente lo rompe el enorme mamífero para después acabar con la puerta principal y una ventana de la casa.

La inundación casi llega al techo. Mateo se ve obligado a nadar hacia una calle ahora inexistente. Con dificultad logra salir de su vivienda para evitar ahogarse.

El agua, todo lo cubre afuera.

Mateo Mattei flota solo, en medio de un inmenso mar. En la profundidad, distingue una luz opaca. No es el farol que había frente a su casa, pues se aproxima a él emitiendo un silbido ronco. Después de un borbollón, emerge un barco que se aleja.

Proyecto Nictaleón

Todos sus inventos tuvieron fines destructivos. Lucius, científico y matemático sobresaliente, vivió manipulado por la mala conciencia. Siempre le decía:

— ¡*No desperdicies el tiempo que te queda en cosas insignificantes! ¡Que el mundo reconozca tu genialidad a través del poder destructivo!* —y el inventor accedía a los caprichos de su *alter ego*.

Impulsado por su terquedad malévola concluyó el proyecto más ambicioso de su vida, un robot que por nombre llevaría *Nictaleón*, un instrumento de guerra capaz de ver a través de la oscuridad y las paredes, programado para detectar al enemigo a kilómetros de distancia. En sus ojos superdotados también estaba el arma destructora: un potente rayo láser que atravesaba el acero como una aguja a la seda.

Cuando Lucius concluyó aquel gran proyecto y lo activó, *Nictaleón* vio con asombro el mundo. Fascinado por el azul del cielo y el canto de las aves, se negó rotundamente a destruir cualquier cosa que tuviera vida.

Lucius le gritó, encolerizado: — ¡No tienes sentimientos! ¡Eres un simple artefacto!

Entonces, los ojos de *Nictaleón* derramaron un llanto incontenible que desbordó los mares de la Tierra.

Voyeur

No eres observador. Más bien te gusta mirar porque mirar te excita.

Pero no miras a la gente a los ojos ni tampoco su cómico andar desde el cuarto piso del condominio en el que vives. Eres discreto, más que un espía. Tu aliado es la penumbra de una habitación que guarda tus más vergonzosos secretos.

Desde lo alto, binoculares acercan a tus ojos el túnel misterioso que se abre entre los pechos de las mujeres. Pero eso tan sólo es para perder el tiempo, mientras esperas a que llegue Joaquín de la escuela.

Él no sabe que tú lo sabes, pero más vergüenza te daría a ti que supiera lo que haces, y peor aún si se enterara del orificio que hiciste en la pared de su cuarto al darte cuenta que había crecido. Acertaste. Acertaste al decirle a tu esposa que su comportamiento era extraño. Pero prefieres callar y mirar a Joaquín y a su mejor amigo, los que creen engañarte cuando dicen que harán la tarea, pero se encierran para hacer el amor. Sí, ahí, en el cuarto que un día tú decoraste con soldados y aviones para tu único hijo.

Balada falaz

Clara ama a Sam. Clara canta mamada, danza, lanza la bajaca, las gafas, la saya, las mallas, la mascada, la tanga... apaga la lámpara, avanza a la cama, alza las zancas flacas para lazar a Sam.

Al amar, Clara abrasa, araña, brama; al acabar agarra la champaña para alargar la rasca.

Sam la abraza. Clara (chavala blanca, gabacha), da jaladas a la mandanga, lanza vaharadas, habla zarandajas.

Sam trama dañarla. *¡Basta ya tanta mascarada! ¡A saldar la manda!*

Sam carga mal karma: al alba, baja a la plaza para atacar damas castas, las mata a zarpadas para mamar plasma.

Clara habla. Sam la abraza (falaz), la manda a la mansarda.

Ya aclara (mañana rasa, pájaras cantan, pasan parvadas, más allá ladran). Clara (bata blanca, mangas largas), canta chalada. (Atrás, *la Parca*).

Sam va al placard, saca la daga, alcanza a Clara, la calla. La garganta rajada sangra. Sam va a la cama para agarrar la sábana, tapa a Clara, la carga, avanza a la carcacha. Va a la barranca. Pasa ramblas, charcas, aplasta ranas...

Al parar, arrastra a la chavala hasta la cañada. Sam habla palabras raras, taja a Clara (manjar, maná). Salda la manda pactada a Satanás. Sam jama las gambas sajudas a la zagala. Acabada la salvajada macabra, va a la carcacha, arran-

ca hasta la casa para lavar la sábana, la mansarda, la sala manchada al arrastrar a Clara (sangrada).

Fajar, matar... cansan. Sam jala la balda para sacar *crack* (da jaladas). Saca la pacha (mama). Va a la carcacha, arranca. Va al bar.

“Mañana habrá calma, Sam... Mañana habrá calma...”, hablan fantasmas a Sam.

Sam, al avanzar al bar, lanza carcajadas macabras.

El alquiler

El Tiempo es un hombre enmascarado que a veces camina lento y, otras veces, como un ave rapaz desafía al aire: le da la vuelta al universo en un segundo.

El Tiempo es el vertiginoso encuentro –al cruzar la calle– de un niño, con sí mismo, pero ya viejo.

El Tiempo es el más feroz remolino: arrasa con todo, con casas, autos, ríos, parques. Ayer se llevó el balón de fútbol que me regaló mi padre cuando cumplí los 10. De eso, hace mucho pero mucho tiempo.

El Tiempo es un hombre enmascarado que siempre te sorprende silencioso, aunque yo diría que ahora no tanto, pues insistente, necio, toca y toca con fuerza la puerta de esta casa a punto de caerse.

Yo, aunque quisiera, no puedo levantarme.

El Tiempo ha de pensar que no quiero pagarle el último alquiler. Pero él insiste y yo ya no soporto más el ruido que hace.

—¡Ya cállate! –le grito–. ¡No puedo levantarme!

Hoy vence nuestro contrato. Ha de creer *El Tiempo* que no quiero pagarle.

Índice

Amor a primera vista	11
Ana	12
La muchacha y los sonámbulos	13
Sobre ciudades futuras	14
El puerto de la desilusión	15
Un domingo al mediodía	17
Paisaje urbano con mitológico animal sobre el asfalto	19
Dios	21
Un viaje en aerosol	22
Cicatriz	24
Sobre hombres contemporáneos	25
Cosas del destino	26
El circo de la locura	27
Vida de perros	28
Ocurrió en la Capilla Sixtina	29
La conquista	30
Los reclusos	32
Los lentes del abuelo	33
Del porqué llevo un niño tatuado en el pecho... ..	35
Perros y gatos	36
Belén	37
El tango de una tarde	38
La gotera	40
Proyecto Nictaleón	42
Voyeur	43
Balada falaz	44
El alquiler	46

Souvenirs

Este libro se terminó de imprimir el
15 de septiembre de 2011, en Ciudad
Victoria, Tamaulipas.
El tiraje fue de 1000 ejemplares.



Marcos Rodríguez Leija es un consumado artista que se mueve con igual destreza en la música, en la fotografía, en la literatura y el periodismo. *Souvenirs* representa un claro ejemplo de su fina sensibilidad literaria al enhebrar veintisiete textos breves o de minificción en un hermoso y delicado volumen lleno de sorpresas logradas mediante fantasía, imaginación y sentido del humor. A través de aliteraciones, malabarismos de lenguaje, juegos de palabras y creación de situaciones chuscas o fantásticas los cuentos aquí reunidos están signados por la inspiración que exige todo cuentos súbito. Heredero de la prestigiosa tradición fincada en Borges, Arreola, Cortázar y Monterroso y luego continuada por Avilés Fabila, Samperio, Garrido y Óscar de la Borbolla, los cuentos de Rodríguez Leija evocan lo fantasmal, lo onírico y lo apocalíptico de la vida cotidiana. En casi todos los cuentos prevalece un aire de angustia, de zozobra o de denuncia e inconformismo que, sin embargo, remata invariablemente con una contundente revelación y un descubrimiento poético que sorprende al lector. Estamos ante los inicios de un joven autor que estoy seguro mucho tendrá que aportar a la literatura mexicana contemporánea.

Hernán Lara Zavala